

MARTHA MVUNGI

Traducción de Eva Cruz Yáñez

Martha Mvungi (1950). Escritora nacida en Kidugala, Njombe, al sur de Tanzania. Creció escuchando las narraciones orales de los bena y los hehe y realizó estudios universitarios en Edimburgo y en Dar es Salaam, donde actualmente vive y labora. Trabajó como maestra en el sur de su país y durante ese tiempo recopiló las historias orales que más tarde reelaboró en *Three Solid Stones* (1975) como “Mwipenza el asesino”. Ha publicado tres libros en Swahili: las novelas *Hana Hatia* (1975) y *Lwidiko* (2003), y el cuento para niños “Chale Anatumwa Sokoni” (1985); además de la serie infantil en inglés: *Yasin's Dilemma* (1985) y *Yasin in Trouble* (1990).

En una aldea vivía un hombre muy malo llamado Mwipenza que metía miedo, con sus torturas y asesinatos, en el corazón de todos aquellos que pasaban por su aldea. Era una criatura en verdad repulsiva y era odiado por todos los otros aldeanos que vivían continuamente atemorizados por él.

Mwipenza tenía la costumbre de sentarse sobre una piedra a un lado de la carretera, con unas varas largas y puntiagudas, además de un martillo en la mano y a sus pies su filosa *panga*.¹ Junto a él ponía una jarra de *pombe*² y un tazón de comida que su esposa le llevaba. Cada vez que un viajero solitario se acercaba, Mwipenza saltaba sobre él y lo torturaba con su vara, luego clavaba a su víctima al suelo hincándole una de sus varas puntiagudas en el cuello. De este modo muchos viajeros incautos sufrían una muerte violenta y dolorosa. De haber aceptado convertirse en ayudantes de Mwipenza, las víctimas se habrían escapado de este tormento, pero todos preferían morir antes que unirse al asesino. Nadie sabía por

¹ Un cuchillo grande, variante del machete, con una hoja más ancha, que se utiliza para cortar maleza o como arma.

² *Pombe* es la palabra genérica que designa la cerveza local hecha a partir de mijo fermentado.

qué hacía esto. Si el robo era el motivo principal, esto no lo entendían los pobladores de las aldeas.

Un día una mujer que vivía algo lejos se enteró que su madre, que vivía en la aldea de Mwipenza, estaba seriamente enferma. Sabía que tendría que ir a verla pero le preocupaba bastante la idea de caminar sola hasta allá.

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó a su marido cuando se acordó de Mwipenza.

—Iré contigo —le dijo para reconfortarla.

—Pero de regreso te encontrarás con Mwipenza y él no perdona a nadie que viaje sin compañía. Temo por ti, esposo.

—Me cuidaré, le aseguró.

A la mañana siguiente, la pareja se puso en camino hacia la aldea de Mwipenza, la mujer con su pequeño hijo a las espaldas. Aun cuando iban caminando hacia la aldea por la carretera, no se toparon con nadie más y sabían que Mwipenza era la razón de toda esa quietud. Al acercarse a la aldea y pasar frente a unas cuantas casas notaron que los niños que jugaban afuera se metían corriendo y aseguraban las puertas a su paso, pues temían que fueran ayudantes de Mwipenza.

—Ojalá pudiéramos hablar con alguno de los pobladores —dijo la mujer con tristeza —Quizás podrían decirnos en dónde está la bestia.

—Nadie se nos acercará —le contestó su marido. Mira cómo se quedan todos juntos, temerosos. Señaló a algunos hombres que estaban parados bajo un árbol muy grande a poca distancia de ellos. Algunos otros estaban reunidos alrededor de una fogata y todos parecían estar callados o, si estaban hablando, lo que fuera que decían era inaudible. La pareja siguió su camino.

Afortunadamente, al irse acercando a los dominios de Mwipenza se les unieron un hombre y un niño que iban en la misma dirección. Se miraron entre todos con alivio pues

era sabido que Mwipenza no atacaba grupos de viajeros. Juntos pasaron de largo junto al asesino sin ningún problema, aunque éste les lanzó una mirada bestial cuando pasaron cerca de su piedra, después tosió y escupió al suelo. Una vez que lo dejaron atrás, ninguno se atrevió a voltear a mirarlo, pues sabían que estaba enfurecido, pero al menos estaban a salvo.

Makao estaba muy agradecida de que su esposo la hubiera acompañado y antes de separarse, ella les preguntó al hombre y al niño cuándo pensaban volver. Dijeron que un día después y estuvieron de acuerdo en pasar por ese camino y recoger a su esposo que iba a volver a casa para cuidar de sus otros hijos.

Makao se quedó con sus padres y los días y los meses pasaron, días de zozobra y meses de amargura, pero su madre no se recuperaba. La angustia empezaba a hacer mella también en la salud de su padre. Los dos estaban en un estado tal de aflicción que Makao decidió que tenía que ir en busca de alguien que pudiera curar a su madre. Su padre le suplicó que no fuera pues Mwipenza ahora merodeaba por todos lados en busca de sus presas, que cada día se volvían más astutas.

—Estaré a salvo, padre —le aseguró Makao —Mwipenza está siempre en la carretera.

—No siempre —le advirtió su padre. —La gente ya aprendió a no seguir más con la vieja costumbre. Ahora viajan en grupos y la bestia está más enojada que nunca porque no ha derramado sangre en mucho tiempo.

—Estoy dispuesta a arriesgar mi vida por la de mi madre. Con esto, Makao se puso al bebé a las espaldas y salió de la cabaña. Se sentía fuerte y sin miedo.

Makao se dirigió a la casa de la curandera, estudiando la ruta con sumo cuidado. Temía perderse porque sólo había ido una vez antes a ese lugar hacía mucho tiempo, siendo una niña pequeña, cuando su hermana se había enfermado.

Makao y su madre habían ido a ver a la curandera, una mujer mayor, durante la noche. Su hermana estaba gravemente enferma y la mujer les había dado un polvo muy oscuro para que la frotaran con él. Su madre lloró todo el camino de regreso a casa, creyendo que encontrarían muerta a la niña. Sin embargo, la encontraron viva y la medicina la había curado. Ahora, Makao recordaba todos los problemas que habían tenido para llegar hasta la curandera; los lugares en los que ella había tenido que sostener la mano de su madre y animarla a seguir, el riachuelo enfrente de la casa de la vieja, las extrañas imágenes dentro de los cuartos oscuros. “Espero que no haya muerto”, pensó Makao, “era muy vieja cuando yo era una niña.”

Después de un rato llegó hasta el arroyo, se lavó la cara y luego siguió colina arriba hacia la casa de la anciana. Nada había cambiado y eso la sorprendió. La hierba corta afuera de la casa, los grandes arbustos cerca de las paredes con todo y sus espinas estaban tal como los recordaba. Cómo habían permanecido igual, no podía entenderlo. Ahora, la puerta de la casita se encontraba frente a ella y agradeció a su buena memoria por haberla llevado tan fácilmente hasta allí. Entonces notó algo más.

Justo enfrente de la casa había un hombre con la vara más fina, aguda y larga que hubiera visto jamás: también tenía un martillo. A su lado había una jarra de *pombe* y un tazón de comida. Makao sabía que no era la curandera y de súbito perdió fuerzas al reconocer a Mwipenza. No tenía duda alguna sobre lo que le esperaba. Mwipenza también la había visto y se sintió feliz con la idea de tener otra víctima después de tanto tiempo. Se enjuagó la garganta con el líquido de la jarra, cosa que hacía siempre que sentía que todo iba saliendo de acuerdo a sus deseos.

Después de un momento estiró los brazos y le hizo señas para atraerla. Makao se sintió de mil años de edad. El bebé

en sus espaldas empezó a llorar pero ella no podía huir. Tenía una obligación con su madre, una obligación con su hijo pequeño y una obligación con su esposo, sólo que ahora se arrepentía de no haberlo esperado. De pronto sus rodillas se vencieron y se tambaleó hasta quedar en cuclillas. Luego se dejó caer al suelo. Mwipenza, seguro de su víctima, se estiró lentamente y caminó hacia Makao y empezó a torturarla con su vara antes de que ella siquiera pudiera recuperar la voz para pedir clemencia.

El martillo y la vara trabajaban rápido. La sangre brotaba de un lado de su cuello: la vara la tenía ahí clavada. Mwipenza empezó a gritarle, instándola a que se levantara y lo dejara terminar pues todavía le faltaba el bebé. Sus aterradoras amenazas herían más que la vara y el martillo y los ojos de Makao se llenaron de lágrimas, sus oídos se taparon y su cuerpo perdió toda sensación. El bebé había caído de su espalda y estaba llorando en algún sitio cerca de allí. Tenía edad suficiente para reconocer el terror pero no podía hablar. Makao casi había dejado de ver y de entender, pero de pronto se dio cuenta de que Mwipenza la había dejado. La larga vara la tenía aún atravesada, pero no lloraba, no sentía ningún dolor; sólo sus ojos buscaban desesperadamente a su amado hijo Wukingule.

Después de un rato los oídos de Makao empezaron a funcionar de nuevo. Escuchó al asesino gruñir de alegría ante la vista del bebé, que había gateado hasta los pies de su madre. El bebé tocó sus piernas y entonces ella empezó a sentir los dolores que taladraban en su interior. Eran dolores agudos. Su adormecimiento había desaparecido. Le faltaba ya el aire y sus párpados se cerraron pesadamente sin querer.

El esposo de Makao llegó a la casa de su suegra justo antes del entierro. Su suegro estaba perdido en un dolor profundo. Su esposa había muerto justo después de que su hija se fuera a buscar a la curandera y su muerte había sido un enorme

golpe para él, pues ellos habían sido una pareja muy unida. Explicó todo esto a su yerno como aturdido.

—Iré por Makao, padre —dijo el joven para consolarlo. Ella debe estar aquí para el entierro de su madre. Después de todo ella es la única hija que vive cerca y la necesitarás antes de que lleguen sus hermanas.

El pobre anciano no quería quedarse solo con toda la gente que se estaba reuniendo para el funeral e intentó convencer a su yerno de quedarse.

—Estoy seguro de que ella ya está ahí— dijo —y una vez que haya visto a la curandera regresará de cualquier modo.

—No, debo ir encontrarla —con esto, el esposo de Makao salió a buscar a la esposa que tanto amaba. Mientras caminaba apresurado su mente divagaba y se sintió desconcertado pero no sabía por qué. “Es desconcierto” pensó. “Tengo demasiadas cosas en la cabeza. La madre de mi esposa ha muerto; le falta su madre. ¿Y dónde está Makao ahora? Buscando a una curandera para sanar a su madre muerta. Pobre Makao, cumpliendo con su deber de aquí para allá con Wukingule a sus espaldas.” De repente, sintió que las lágrimas le anegaban los ojos. Detestaba las lágrimas, pero no podía detenerlas y muy pronto se le estaban escurriendo por las mejillas.

Antes de que se diera cuenta llegó al arroyo; trepó más de prisa y entonces, al acercarse a la cima de la colina, se topó con un espectáculo terrible. Enfrente de él estaba la figura agonizante de su esposa, clavada a la tierra, mientras su hijo Wukingule lloraba sentado junto a sus pies exánimes. Horrorizado no vio la otra figura, gigantesca, también clavada al suelo a unos metros de su esposa. Dejó salir un grito de dolor y corrió hacia Makao. Desenterró la puntiaguda vara, recostó a su esposa y le arrancó la vara del cuello. Wukingule dejó de llorar cuando reconoció a su padre.

Mientras el desdichado hombre se inclinaba sobre su esposa tratando de encontrar cualquier signo de vida en su

cuerpo, la anciana salió de su casa en la cima de la colina y pidió ayuda gritando de dolor. El esposo de Makao no sabía qué hacer. Aquí estaba su esposa a las puertas de la muerte y allá estaba la anciana que necesitaba ayuda desesperadamente. ¿A quién debería atender primero? Con el corazón partido el hombre dejó a su esposa y fue a socorrer a la anciana.

Tan pronto como el esposo echó a andar hacia la anciana, ella dejó de gritar y con gran emoción le dijo en alta voz:

—Sólo estaba poniendo a prueba tu buen corazón: sé que amas a tu esposa y sin embargo eres generoso. Ibas a ayudarme a mí primero y ahora yo ayudaré a tu esposa por ti. Mira la figura que está a tu izquierda.

El hombre se dio vuelta con lentitud y por primera vez vio el segundo cuerpo que yacía en el suelo atravesado por una vara. Dio unos pasos hacia él y vio que era el cuerpo de un hombre. Por un momento se preguntó quién era, pero estando mucho más preocupado por su esposa, regresó rápidamente hacia donde ella estaba y se quedó atónito al ver que la anciana ya estaba sentada tranquilamente al lado de Makao y que su hijo estaba gateando hacia ella. Al acercarse notó que las heridas abiertas de su esposa desaparecían rápidamente mientras la anciana embarraba un oscuro líquido verdoso sobre ellas. Y los ojos de Makao estaban abiertos, mirando fijamente al espacio abierto sobre ella. Él no supo cómo había llegado la anciana hasta ahí tan rápido pero se veía ocupada y decidió observar en silencio mientras cuidaba de su hijo, pues no sabía de qué otra manera podía ayudar. Contempló la figura de su esposa que se veía extraña toda embarrada, muy diferente a la Makao que él conocía.

En un tiempo muy corto la anciana terminó su tratamiento y entonces, de pronto, ahí estaba su querida Makao de vuelta, y podía hablar, caminar y reír. ¡Estaba sana! Suspiró y la abrazó, la urgió a que le contara todo lo que había pasado, cómo se había topado con el asesino. Makao le contó todo

rápidamente y después la feliz pareja le preguntó a la anciana cómo fue que Mwipenza, habitualmente el vencedor, había sido vencido.

La vieja curandera rió y dijo:

—Ustedes dos váyanse con su hijo. Es una lástima que no pueda ayudar a tu madre. Luego desapareció dentro de su casa.

Makao levantó a Wukingule y lo puso a sus espaldas mientras su esposo le contaba acerca de la muerte de su madre. Juntos caminaron de regreso al funeral, dolidos por su muerte, pero agradecidos de que por fin Mwipenza el asesino estuviera muerto. La gente ahora viajaría en paz sin pensar en Mwipenza.

—Un hombre como ese sólo puede estar mejor en su tumba —dijo Makao con aire pensativo mientras los conducía hacia el arroyo— pero me entristece pensar que de haber venido antes con la curandera, mi madre aún estaría viva.

—Eso no lo sabes de cierto. Yo sólo doy gracias a Dios de que Mwipenza no nos hará más daño —dijo su esposo mientras se adelantaba para mostrarles el camino.